

La feminización de la vejez

Julio Pérez Díaz

Centre d'Estudis Demogràfics

RESUMEN: Se va a sostener aquí que la transformación de la dinámica poblacional usualmente conocida como “transición demográfica” es un importante motor de cambio no sólo en la distribución de la población entre las diferentes edades, sino también en la de los roles tradicionalmente asignados a cada sexo.

Se trata de cambios estrechamente relacionados. El creciente peso de las personas de edad madura y avanzada, y la generalización de la supervivencia hasta dichas edades, abre nuevas posibilidades de organización social y familiar, y nuevos “diseños” de ciclo vital individual. Disminuye la preponderancia que hasta ahora había tenido el sexo como eje en la distribución de roles, y crece la importancia de la edad como criterio diferenciador. En resumen, se sugiere que las edades jóvenes y adultas se orientan cada vez más hacia comportamientos hasta ahora considerados “masculinos”, mientras las edades maduras y avanzadas experimentan una preponderancia creciente de aquellos otros hasta ahora considerados “femeninos”. Es esa “feminización de la vejez” el fenómeno que se pretende demostrar a continuación, argumentando, además, las ventajas sociales que implica¹.

¹ Este artículo es el desarrollo de algunas ideas ya enunciadas en Pérez Díaz, J. (1995), "Las mujeres ancianas, la auténtica vejez de la España actual" (en *Papers de Demografia*, 99: Centre d'Estudis Demogràfics), ideas que en 1999 se vieron ampliadas y enriquecidas durante la elaboración del libro Cabré i Pla, A. y Pérez Díaz, J. (en prensa), *El advenimiento de la madurez de masas*, encargado por el Servei d'Estudis de “la Caixa”. Trabajar con Anna Cabré no sólo implica hacerlo con la máxima autoridad del Estado español en temas demográficos. Conlleva, además, el privilegio de tener acceso directo a sus ideas, dudas, sugerencias y propuestas teóricas, todas ellas de una profunda relevancia para la comprensión de la actual dinámica poblacional. De muchas de ellas se aprovecha este artículo, y es de justicia que así conste, así como agradecer la generosidad con que Anna genera y comparte lo que, a falta de mejor expresión, denominaré simplemente “pensamiento demográfico”.

Introducción: sexo y edad como determinantes de los comportamientos

El sexo y la edad son, por utilizar los términos clásicos del funcionalismo sociológico, los dos determinantes básicos y universales del rol y del estatus de las personas, es decir, del papel y de la posición que detentan en el conjunto social. Hasta hace poco, esos dos simples datos servían a las ciencias sociales para predecir con una alta probabilidad algunas de los comportamientos más importantes de los individuos, como su posición familiar, su grado de autonomía económica o sus capacidades físicas. Sin embargo, como es bien sabido, la coincidencia entre el sexo y los roles de género tradicionales está perdiendo la nitidez de antaño. Por su parte la significación social de las edades también ha experimentado notables transformaciones en los dos últimos siglos. Los niños actuales parecen de otro mundo comparados con los de principios de siglo o con los de los años cincuenta, pero es que cambios igualmente radicales se han producido en la etapa juvenil, adulta, madura y, claro está, en la vejez.

La intensidad de tales cambios en lo que se refiere a las personas de edad madura y avanzada resulta en cierto modo más imprevista y sorprendente que la que han protagonizado las demás edades. Al fin y al cabo, se daba por supuesto que eran los jóvenes quienes impulsaban el cambio, y que las personas de mayor edad estaban mucho más aferradas a la tradición y eran mucho más estáticas. Ocurre, sin embargo, que no sólo están encabezando una reestructuración del entramado social que no tiene precedentes, sino que dicho movimiento arrastra tras de sí al resto de edades, condicionando e impulsando un cambio que nos afecta a todos.

Urge asumir plena consciencia del carácter innovador de los mayores actuales. Al margen de sus deseos, sus aspiraciones, sus experiencias o sus capacidades, el simple hecho de que en muy poco tiempo se haya generalizado la supervivencia hasta edades muy avanzadas les convierte, lo quieran o no, lo sepan o no, en auténticos pioneros de un geografía vital hasta ahora desierta e inexplorada. Son pioneros porque no tienen antecedentes, no pueden contar con los modelos de conducta que proporcionan quienes recorrieron antes ese camino, pero también lo son porque sus propias adaptaciones y “ensayos” en la colonización masiva de la vejez están allanando el terreno que transitaremos en poco tiempo quienes tenemos algunos años menos.

El ámbito en que dicho carácter de avanzadilla resulta más evidente es la familia. No es lo mismo tener a los padres vivos a lo largo del propio ciclo familiar y reproductivo, que haberlos perdido antes o durante esa etapa de la vida. Mucho menos de la mitad de las generaciones nacidas a principios de siglo pudo contar a los cincuenta años con la presencia de algún progenitor vivo. En cambio más del 60% de las generaciones nacidas en los años treinta pudo hacerlo. En las generaciones nacidas en la segunda mitad de siglo, es decir, las que llegan a la madurez a partir de ahora, la supervivencia de los progenitores es ya una realidad espectacularmente mayoritaria. Quiere ello decir que en muy poco tiempo se ha convertido en normal lo que en el pasado era una auténtica excepción: gozar de la existencia de los propios progenitores mientras se atraviesan las edades adultas e incluso la primera vejez. Júzguese si ese no es un cambio que provoca

modificaciones en las pautas de comportamiento y en las condiciones de vida de todas las edades.

Pero hay más: se está generalizando también la coexistencia de cuatro generaciones ligadas por filiación directa. Y, obviamente, no es lo mismo ser el primer individuo de la línea familiar que tiene biznietos, que haber podido observar durante la infancia cómo viven los propios bisabuelos. Dicha circunstancia también se va a convertir en mayoritaria en los próximos años. Las generaciones femeninas nacidas en 1970-1974 tienen un 45% de probabilidades de tener el primer hijo todavía en vida de alguno de sus propios abuelos, y tales probabilidades no van a hacer más que aumentar, a buen seguro, en las generaciones posteriores.

El impacto de tales novedades sobre los comportamientos asociados a la edad puede tardar en ser investigado y comprendido, pero parece evidente. En cambio, no resulta tan claro que deban tener repercusiones sobre los comportamientos asociados al sexo. Sin embargo las tienen, y la mejor manera de analizarlas es, nuevamente, investigando lo que está ocurriendo en el seno de las familias.

La familia es el lugar en que con mayor intensidad y frecuencia se establecen relaciones entre personas de diferente sexo y edad, y dichas relaciones son el principal catalizador de la asignación diferenciada de funciones domésticas, productivas y reproductivas. No es creíble que las estrategias familiares de reparto de funciones internas y de preparación de los hijos para la vida adulta hayan permanecido inalterables, inmunes a transformaciones demográficas que afectan precisamente a uno de sus núcleos esenciales, la reproducción.

Ha existido en el pasado una coincidencia casi universal en que lo femenino se construyese fundamentalmente en torno a la reproducción biológica y social en el seno de la familia, mientras el papel exclusivamente productivo y “externo” al hogar familiar definía la masculinidad. Sin que ello sirva de justificación ideológica del patriarcado y del sometimiento de la mujer a los dictados del padre y del esposo, esa manera concreta de distribuir los roles guarda una estrecha relación con la dinámica demográfica imperante en las poblaciones humanas hasta hace bien poco. Si se quiere comprender la manera en que afecta la “revolución demográfica” iniciada en los siglos XVIII y XIX a las tradicionales funciones de género, conviene recordar, por tanto, aunque sea brevemente, las condiciones en que se movía la vida, la muerte, el trabajo y la reproducción, de las personas hasta hace poco.

Familia, género y edad, y su relación con la transición demográfica

La duración de la vida o, en otras palabras, la incidencia de la muerte en las estrategias familiares y reproductivas es probablemente el factor que más rígidamente ha determinado a los seres humanos a lo largo de su historia. Mortalidades superiores al 200⁰/₁₀₀ durante el primer año de vida han sido moneda corriente en el pasado (en España hasta el final del siglo XIX), y lo normal era que

más de la mitad de los nacimientos no consiguiese sobrevivir para cumplir los diez años.

En tales condiciones, los supervivientes que conseguían alcanzar edades fecundas eran escasos pero, además, no todos podían formar su propia familia. En las economías agrarias del pasado la constitución de una familia propia era una empresa difícil y muy costosa, que los hombres sólo podían emprender esperando a heredar las tierras o acumulando los recursos necesarios tras muchos años de trabajo. Las mujeres aún lo tenían más difícil para casarse. Aunque lo hacían más jóvenes, los varones con que se emparejaban pertenecían a generaciones anteriores, menguadas por la mortalidad resultante de los años de más que les separaban y, por lo tanto, insuficientes para atender toda la “demanda” nupcial femenina.

Una mortalidad tan elevada, especialmente cruenta en las edades infantiles, y tantas dificultades para formar pareja, obligaban a los escasos “privilegiados” que conseguían tener hijos a una fecundidad elevadísima, lo que configura un sistema demográfico sumamente ineficiente dada la gran inversión de esfuerzos y de vidas humanas necesaria simplemente para sostener el número de habitantes. Es difícil imaginar hoy día la intensidad del trabajo que comportaba tener familia y la precariedad de la empresa, siempre sometida al elevadísimo riesgo de muerte tanto de la pareja como de los propios hijos. Aunque algunas familias fuesen extensas y contasen con la colaboración de otros familiares y ascendientes, muchas más sucumbían a los efectos de la temprana e indiscriminada mortalidad. Contra los idealizados tópicos sobre las familias del pasado, las personas sin familia (adultos solteros, menores huérfanos, viudos precoces) eran mucho más frecuentes que en la actualidad, las madres no podían prestar demasiada atención a los hijos, estos tenían que ser “productivos” desde muy jóvenes y el papel de los abuelos y abuelas era sumamente escaso, por la sencilla razón de que casi nadie sobrevivía para serlo. Pero, sobre todo, resultaba sumamente improbable que los niños llegasen a edades adultas teniendo a sus dos progenitores vivos. Son esas las condiciones en las que la asignación de papeles según la edad y el sexo debían moverse.

Con los albores de la transición demográfica la mortalidad, especialmente la infantil, inicia lo que se convertirá en un drástico descenso, trastornando completamente las condiciones objetivas para la reproducción y, por tanto, para los roles de género. De generaciones que perdían la mitad de sus efectivos antes de los diez años (como las españolas del siglo XIX), hemos pasado a generaciones como las nacidas en los años sesenta en España, en las que los supervivientes seguirán siendo más de la mitad hasta que hayan sobrepasado los noventa años.

Este salto cualitativo en la supervivencia suele atribuirse, de manera vaga y general, a las mejores condiciones de vida permitidas por la industrialización y por el desarrollo económico, pero es mucho menos frecuente el reconocimiento del papel intermediador de las madres. Y, sin embargo, ambas cosas están ligadas. Con la industrialización aparece una novedad histórica en las relaciones de género: la posibilidad de que la mayoría de los hombres reciban, siendo muy jóvenes aún, un “salario familiar” que les permite casarse incluso sin la colaboración económica de sus propios padres o sin la dote de su futura mujer, y la posibilidad, además, de

que la mayoría de las mujeres pueda contraer matrimonio y dedicarse principalmente, a partir de entonces, a las tareas domésticas y al cuidado de los hijos.

Este tipo de familia tiene cada vez menos hijos y cada vez más concentrados en el tiempo pero sería un error deducir de ello que el esfuerzo de provisión económica de los padres o el esfuerzo reproductivo de las madres disminuyen. Lo que ocurre es todo lo contrario. Por fin a salvo del intolerable riesgo de fallecimiento de uno de sus miembros, la pareja complementaria puede asumir plenamente, y en solitario, la empresa de tener hijos, pero a costa de que el varón lleve hasta extremos inauditos su papel, tanto en lo que respecta al trabajo en sí como en las horas de dedicación, a la vez que la intensidad y duración de los cuidados maternos aumentan de un modo nunca visto. A cambio de tanto esfuerzo, estas parejas “transicionales” se independizan del resto de familiares, y sus hijos empiezan a verse libres tanto de la mortalidad temprana como de la obligación de contribuir precozmente a la economía familiar. Pueden cursar estudios y empezar a construir un nuevo tipo de transcurso vital con unos recursos y una esperanza de vida que les hace radicalmente diferentes a sus propios padres. Lo que se espera de cada edad empieza a cambiar radicalmente.

No cambian sólo la significación de las edades adultas e infantiles, porque también tienen efectos sobre los familiares de mayor edad. Estos, todavía muy escasos, pierden todo papel en el hogar de sus hijos. Los cambios económicos, el desmantelamiento de una economía preponderantemente agraria, la autosuficiencia de unos jóvenes prontamente ocupados en un mercado de trabajo asalariado, el abandono del mundo rural y las intensas migraciones hacia las ciudades rompen los fundamentos del ciclo vital y familiar de las personas con edades maduras y avanzadas, sin que tengan tiempo ya de reconvertirse tal como aún pueden hacer sus hijos. En brusco contraste con un pasado no muy lejano, ni sus tierras, ni sus patrimonios, ni sus oficios ni sus experiencias y conocimientos sirven ya de nada a sus descendientes. Se ha producido una inversión de papeles que no tiene precedentes, por la cual la situación cultural, económica y social de quienes todavía han vivido poco es mejor que la situación de quienes han vivido mucho. El mundo, en esos tiempos, es de los jóvenes.

Es durante los años en que se producen cambios tan drásticos cuando se construye la imagen asistencial y conmisericordiosa de la vejez que han venido manejando hasta hace muy poco administraciones, instituciones benéficas, sindicatos, sociólogos y gerontólogos. El papel de la vejez desde esta óptica es no tener ningún papel, ninguna función social o familiar. Antes bien, lo que define a las edades avanzadas es su incapacidad, que se revela en sus carencias económicas, en su analfabetismo o en su bajísimo nivel de instrucción, en su mala salud, en su falta de adaptación, en su soledad (la mayor parte son mujeres viudas).

Puesto que la sociología nace y se desarrolla simultáneamente a tales cambios, termina por incurrir en el grave error de tomar ese reparto de funciones entre sexos y edades como el modelo propio de las sociedades desarrolladas, sin atender al carácter sumamente extraordinario y coyuntural de las condiciones en que se basa.

Las nuevas familias, coincidentes con el modelo “nuclear” de los hogares según la clasificación sociológica más extendida, llegan a ser, en efecto, las preponderantes en las sociedades industrializadas, pero ello no ocurre en España hasta prácticamente las generaciones nacidas entre los años treinta y cincuenta, con mucho retraso respecto al resto de Europa. Son las generaciones fecundas en los años sesenta y setenta, y alcanzan edades maduras y avanzadas a partir de finales del siglo XX, es decir, en la actualidad. Pero en la actualidad las generaciones que les siguen, en edades juveniles e infantiles, lo hacen ya en condiciones plenamente “postransicionales” y muestran características y comportamientos radicalmente diferentes de las que tuvieron sus progenitores a esas edades. En muy poco tiempo el panorama de las condiciones de vida ha vuelto a cambiar. La rapidez con que lo ha hecho en nuestro país le convierte en un observatorio privilegiado para conocer el punto final al que conducen las modificaciones en la significación social del sexo y la edad favorecidas por la transición. No en vano, contamos con la presencia en vida de prácticamente todas las generaciones implicadas en ese cambio, cosa que no se cumple en otros países desarrollados en que el proceso se inició mucho antes y donde, por tanto, se ha desarrollado con mucha mayor parsimonia.

La igualdad en las generaciones recientes

¿En qué dirección se mueven los roles de género en las generaciones más recientes?

Parece claro que hacia la igualación. La educación familiar de los menores es cada vez menos diferenciada por razón de su sexo. En la escuela ya no están segregados en aulas separadas. Se ha producido una auténtica revolución en los estudios medios y superiores de las jóvenes españolas que, por primera vez, las sitúa por encima de los varones de su misma edad, tanto por los años de estudios como por los niveles académicos alcanzados. Las familias han dejado de utilizar a las niñas y adolescentes como soporte en los trabajos domésticos y ya no las controlan más que a sus hermanos en lo que se refiere a horarios, relaciones sociales, relaciones de pareja o hábitos de consumo. Sus tasas de actividad crecen. Ya no abandonan el trabajo al llegar a edades casaderas, ni siquiera cuando, en efecto, se casan o viven en pareja. Ya no hay hipergamia matrimonial (el emparejamiento con un cónyuge de mayor nivel socioeconómico o cultural había sido la norma histórica en los matrimonios femeninos hasta la actualidad). Pero, sobre todo, ya no se ven abocadas a las tareas reproductivas como principal ocupación en la vida. Se casan tarde, tienen pocos hijos, deciden la edad a la que los tienen y la supeditan a la consolidación de la trayectoria laboral.

Todas esas novedades en los comportamientos femeninos se han producido en medio de una gran expectación y están abundantemente documentados y analizados. El conocimiento sociológico sobre las jóvenes contemporáneas es extenso y detallado, precisamente por su carácter innovador y por las grandes esperanzas de igualdad que ha despertado. La gran relevancia social y política otorgada de los indicadores de fecundidad favorece la existencia de estadísticas

muy diversas y detalladas con las que seguir muy de cerca los comportamientos femeninos en esta materia. Otro tanto podría decirse en lo que se refiere a la información generada por el sistema educativo y, aún más, sobre las pautas de actividad laboral, uno de los ámbitos de conocimiento social prioritarios en la actualidad. Podría decirse que el nuevo perfil de los ciclos vitales femeninos está siendo observado con luces, cámaras y micrófonos.

La misma atención, cuando se dirige al cambio en los comportamientos asociados al género que puedan estar experimentando los hombres, parece arrojar resultados decepcionantes. Al fin y al cabo, parecen seguir haciendo las mismas cosas que hacían hasta ahora y que correspondían y siguen correspondiendo a las tradicionales funciones “masculinas”. La revolución aparece así como un patrimonio exclusivo de las mujeres y parece producirse en una única dirección: son ellas las que asumen progresivamente funciones que, hasta hace poco, parecían exclusivas de los hombres. Los hombres ya no son los patriarcas que eran, se interesan más por los hijos, ha dejado de ser raro que algunos se casen con mujeres con más estudios o con posición social y laboral superior, pero nada de eso desdibuja su perfil tradicional de proveedores económicos y “productores” ni los convierte en principalmente “reproductores”. Aunque pueda parecer decepcionante, y pese a que los varones españoles muestran opiniones muy favorables a la igualdad de responsabilidades con su pareja, sus actos domésticos desmienten sus ideales.

Es por tanto evidente que el cambio de los roles asociados al género no tiene su exclusivo impulso en razones culturales e ideológicas, y que se debe en muy buena parte a la revolución en las condiciones objetivas de vida, a las que no son ajenas las que tienen que ver con las dinámicas poblacionales. La eficiencia demográfica resultante de la elevadísima supervivencia alcanzada en las poblaciones desarrolladas contemporáneas ha rebajado las exigencias reproductivas de tal manera que hace claramente disfuncional la tradicional asignación de prácticamente la mitad de la población, la femenina, a las tareas de procreación y crianza de los hijos. En cambio, poco ha cambiado para la otra mitad. Para los hombres jóvenes y adultos los tradicionales roles productivos y de provisión económica siguen siendo perfectamente funcionales en la propia trayectoria vital y para el mantenimiento de las unidades familiares, y es evidente que nada les impulsa a abandonarlos masivamente.

La igualación entre sexos se está produciendo, desde esta óptica, por la progresiva “masculinización” de los roles femeninos.

¿Y el resto de edades?

Sin embargo, no deben sacarse conclusiones precipitadas. Como ya se ha afirmado antes, el proceso de igualación parece tener lugar en una única dirección, la de acercar a las mujeres a los roles tradicionalmente asumidos por los hombres, *si lo observado son sólo los jóvenes*. El problema es que el interés social por los cambios de género parece desaparecer en las edades maduras y avanzadas. De la visibilidad estadística se pasa a la falta casi total de datos, y lo que les ocurra a los que ya

acaban su periodo adulto y alcanzan el ecuador de la vida empieza a conocerse únicamente a través del IMSERSO o de algunas escasas encuestas. Ninguna de tales fuentes tiene como objetivo específico sondear el modo en que cambian los roles de género. De esta manera resulta fácil no encontrar lo que no se busca.

Pues bien, aunque la información disponible sobre quienes ya no son jóvenes ni adultos se haya producido hasta ahora con otros fines, resulta posible reinterpretarla también desde el interés por los posibles cambios en las relaciones de género. Bastan para ello ligeros cambios de óptica en relación al uso que normalmente se les da. No conseguiremos de esa manera equilibrar la desigual atención prestada a las diferentes edades, pero quizá contribuyamos a que aumente el interés por conseguir tal equilibrio en el futuro.

La hipótesis que va a guiar esta reinterpretación es que, en efecto, la revolución demográfica no sólo ha provocado una nueva distribución por edades, sino que, además, la supervivencia masiva hasta la madurez y a la vejez, así como la eficiencia reproductiva consecuente, tienen repercusiones sobre la significación social del sexo en todas ellas, y no sólo en las más jóvenes. Ya hemos visto que para estas ha supuesto un impulso a la “masculinización”. Sostendremos ahora que, por otra parte, está impulsando de manera simultánea la “feminización” de las edades posteriores.

Los datos disponibles permiten sostener dicha afirmación desde dos ópticas muy diferentes: por una parte, la madurez de masas está provocando una importante feminización demográfica de tales edades; por otra, está remodelando los recorridos vitales para igualar a ambos sexos, siendo el modelo hasta ahora exclusivamente femenino el que se muestra mejor adaptado y hacia el que se desplazan los comportamientos de los varones. Vamos a tratarlas ambas ópticas por separado:

Más mujeres que hombres

En España hay más mujeres que hombres. En 1996 eran 20.269.845, número que supera en 870.296 personas el efectivo masculino del mismo año (19.399.549). En otras palabras, por cada cien mujeres había 96 hombres.

Sin embargo nacen más varones. En 1996 hubieron en España 10.770 nacimientos masculinos más que femeninos, y el mismo fenómeno puede observarse por mucho que retrocedamos en el tiempo y coincide con lo que sucede en casi todas partes, es decir, que el 52 y el 53% de los nacimientos sean varones. Ello indica que las causas tienen más que ver con la biología de la reproducción que con nuestras preferencias y hábitos. Si, pese a todo, las mujeres son más que los hombres en el conjunto de edades es porque los hombres viven menos tiempo.

Las diferencias de mortalidad entre hombres y mujeres no son demasiado espectaculares si los comparamos a una misma edad y durante un periodo corto de

tiempo. Sin embargo, poco a poco, los efectos de esas escasas diferencias se van acumulando en las sucesivas edades y pueden llevar a extremos sorprendentes. La ventaja numérica inicial de los varones se va reduciendo en las sucesivas edades hasta anularse completamente de los 35 a los 40 años. En las edades posteriores la relación ya se invierte. Por ejemplo, por cada cien mujeres de 55 a 59 años hay aproximadamente 95 hombres. Y si lo observado son personas de más de setenta años, las diferencias empiezan a ser considerables: dos de cada tres personas de ochenta y cinco años son mujeres, es decir, ¡hay dos mujeres por cada hombre! Por tanto, cuando para referirse a personas de ambos sexos y edad avanzada se habla de “los viejos”, el uso del plural masculino incurre doblemente en la injusticia de género, porque los viejos no son viejos, sino viejas.

La afirmación anterior podría haberse hecho en décadas e incluso en siglos pasados, pero su relevancia sociológica hubiese sido mínima, porque quienes alcanzaban tales edades tenían un peso demográfico muy reducido y una participación aún más escasa en la dinámica social de cada momento. En cambio, precisamente a causa de la elevada supervivencia actual, la preponderancia relativa de las mujeres de edad madura y avanzada se ha convertido en un factor claro de feminización del conjunto social. Muy pronto casi uno de cada diez ciudadanos españoles será una mujer de más de sesenta y cuatro años.

Peso absoluto y relativo de la población de mayores de 64 años (total y femenina)

| | Población | >64 Total | >64 Mujeres | % >64 | % >64 Mujeres |
|------|------------|-----------|-------------|--------|---------------|
| 1981 | 37.683.357 | 4.236.716 | 2.512.798 | 11.24% | 6.67% |
| 1986 | 38.473.332 | 4.689.407 | 2.788.435 | 12.19% | 7.25% |
| 1991 | 38.872.268 | 5.370.255 | 3.161.999 | 13.82% | 8.13% |
| 1996 | 39.669.409 | 6.196.498 | 3.614.827 | 15.62% | 9.11% |
| 2001 | 39.929.317 | 6.689.559 | 3.874.339 | 16.75% | 9.70% |

Fuente: Censos y Padrones correspondientes, y variante media de INSTITUTO DE DEMOGRAFIA (1994), *Proyección de la población española*, Madrid, Instituto de Demografía / C.S.I.C.

Este es sólo un primer argumento, aunque de implicaciones muy importantes, para sostener nuestra hipótesis de que los cambios demográficos favorecen la feminización de la vejez.

El argumento, no obstante, es muy limitado, y podría parecer un abuso estadístico e incurrir en una visión excesivamente biológica de las poblaciones humanas. Además, desde los estudios de género y desde el activismo en pro de la igualdad entre hombres y mujeres podría suscitar bien fundadas reticencias. Las mujeres de mayor edad no parecen ser el modelo más atractivo para las jóvenes españolas y, por el contrario, se acerca mucho al prototipo que el feminismo pretende combatir. No es de extrañar que la feminización estadística a partir de la madurez pueda

parecer una victoria pírrica, ni que el pensamiento feminista prefiera prestar una mayor atención a las mujeres que aún no alcanzado tales edades. Las que ya lo han hecho no despiertan las mismas esperanzas porque sus trayectorias están ya muy consolidadas y se construyeron en épocas en que el progreso social y cultural de España había sufrido un duro golpe.

Sin embargo, no es necesario que una persona cambie de comportamiento para que cambie su función social. Las relaciones sociales son fruto de la interacción entre personas, interacción en la que influyen de manera fundamental las diferencias de efectivos entre las diferentes edades. El hecho de que las mujeres maduras, al igual que los hombres jóvenes, mantengan los roles de género que habían tenido hasta ahora, no les pone a salvo de los cambios que está experimentando el conjunto social, sino que los sitúa en posiciones relativas novedosas respecto a quienes les rodean. Se equivocan quienes encuentran mucho más interesante el cambio entre las jóvenes, porque son ellas las que “se mueven”, mientras consideran faltas de interés a las mujeres maduras y ancianas porque es su situación la que se mueve alrededor de ellas. Por el contrario, tiene pleno sentido preguntarse por la manera en que encajan en la nueva redistribución social de las edades que ha producido la madurez de masas. Si de verdad conviven actualmente en España dos modelos diferentes de mujer, separados de manera difusa por las edades que siguen a la madurez, se hace urgente prescindir de los prejuicios y las valoraciones desiguales de ambos modelos, y abordar de una vez el estudio de ambos en pie de igualdad.

¿Cuales son los rasgos sociodemográficos que caracterizan ese modelo femenino tan opuesto al de la “nueva mujer” española? ¿Cómo justifican que se valore tan poco la condición femenina de quienes ya hace tiempo que dejaron de ser jóvenes? Intentaré responder a ambas preguntas haciendo primero una descripción típica de los indicadores más utilizados y poniendo en duda después la interpretación que se les suele dar.

Las características de la mujeres de edad madura y avanzada

Veamos qué es lo que caracteriza a las mujeres desde el punto de vista sociodemográfico y cómo tales características sirven para construir sobre ellas una imagen negativa de la feminidad madura respecto a la juvenil o respecto a los hombres de las mismas edades.

La supervivencia

A edades iguales, prácticamente desde el nacimiento, la esperanza de vida femenina es mayor. Pero después de las edades adultas el contraste es aún mayor. Ni que decir tiene que, si se trata de una característica asociada a los comportamientos femeninos, a los hombres les conviene enormemente

feminizarse. Y, sin embargo, dicha conclusión no tiene demasiados adeptos porque, a cambio, las mujeres pagan más intensamente los estigmas de la vejez. Nótese el sinsentido de esta actitud. ¿Cómo puede encontrarse ventajosa la masculinidad cuando conlleva una supervivencia menor? Para ello hay que incurrir en malabarismos flagrantes, como el de quienes consideran que las mujeres viven más pero su vida es menos interesante, menos “plena”, más insatisfactoria, o el de quienes traen a colación indicadores sanitarios sobre la mayor morbilidad y la peor percepción de la propia salud entre las mujeres de edad avanzada. El resultado, no por sorprendente menos cierto, es que este rasgo de la femineidad no parece valorarse muy positivamente.

La situación convivencial y residencial

Una de las consecuencias de tener una vida más larga es que la viudedad es mucho más probable en las mujeres. De hecho, es el estado civil de prácticamente la mitad de las mujeres de más de 64 años, mientras que en los hombres del mismo intervalo de edad supone menos del 20%. Los hombres suelen acabar sus días junto a su cónyuge; las mujeres no.

La sobremortalidad de los hombres, sin embargo, no es la única causa de este “mal femenino”. Sus efectos se ven multiplicados al combinarse con la hasta ahora tradicional mayor edad de aquellos en la pareja. Puesto que la edad media al matrimonio de estas generaciones ha sido muy desigual según el sexo, la viudedad seguiría siendo más frecuente entre las mujeres incluso si no hubiese diferencias de mortalidad. La diferencia de edad al matrimonio tiene, además, otras consecuencias sobre las pautas de convivencia. Implica que también los hijos comunes de una pareja nacen y se emancipan más pronto en la vida de la madre que en la del padre.

Todo parece confabularse para que, a partir de la madurez, la compañía de familiares directos sea más escasa para las mujeres que para los hombres. La evolución de la estructura de los hogares en España¹ es bastante sintomática. A la vez que se reduce el número medio de personas en cada hogar, aumenta el peso de los hogares formados por parejas sin hijos, el de los monoparentales y el de los unipersonales. Pero contra la creencia común de que son los jóvenes quienes protagonizan tales transformaciones, buena parte de ellas se explica por el modo en que están cambiando las pautas convivenciales de los de más edad. Igualmente disminuyen los hogares en que reside más de un núcleo conyugal y los denominados “extensos”, aquellos en que los adultos conviven con sus propios hijos pero también con otros familiares como alguno de sus propios progenitores. Tales formas de hogar solían resultar del apoyo familiar a los más ancianos y, aunque minoritarias, han distinguido hasta hace poco a España del resto de Europa, donde ya eran prácticamente inexistentes. Pues bien, también en nuestro país llevan camino de desaparecer, pero sobre todo para las mujeres, porque sigue siendo mucho más frecuente la convivencia con otros familiares entre los viudos que entre las viudas.

En suma, lo característicamente femenino en las edades avanzadas respecto a la situación convivencial y residencial no parece un modelo a envidiar.

La escasa instrucción femenina.

El escaso papel de la instrucción formal en la vida cotidiana parece otra de las características de las mujeres de mayor edad. Hay en ello una consonancia evidente entre las funciones familiares que se les asignaron desde niñas y el capital educativo que se les proporcionó.

En las generaciones nacidas a principios de siglo y, por tanto, con una edad muy avanzada actualmente, casi el 40% de las mujeres se quedó sin escolarizar, mientras que los hombres no llegaban al 30%. Pero es que las generaciones posteriores, las escolarizadas durante el franquismo, pese a ver mejorada su situación respecto a la falta de alfabetización o de escolarización, todavía vieron incrementarse más las diferencias entre sexos, porque las mejoras fueron mucho más rápidas e intensas para los varones. Todavía están llegando a los sesenta años generaciones en las que la proporción de mujeres que nunca fueron a la escuela duplica a la de los hombres en la misma situación.

La relevancia de un bajo nivel de instrucción es sobradamente conocida en sociología. Comporta desventajas evidentes en la relación individual con el entorno material y humano. Dificulta el acceso a la información y a los servicios. Correlaciona negativamente con el nivel de salud e, incluso, con su percepción subjetiva entre quienes tienen un mismo nivel "objetivo". Tampoco en esto parece deseable el prototipo de feminidad que encarnan estas mujeres.

La situación económica.

Las consecuencias para la "segunda parte de la vida" que se derivan de la tradicional especialización reproductiva femenina trascienden con mucho su nivel educativo. Es en las trayectorias laborales y en la situación económica donde se hacen sentir de un modo fundamental, ya que determinan las condiciones materiales de vida en el presente.

Las españolas de más edad han tenido una dedicación media al trabajo del propio hogar que rebasa ampliamente los cuarenta años, mientras que la dedicación masculina en las mismas generaciones es prácticamente nula. La situación no es simétrica respecto al trabajo extradoméstico. Si son los hombres los que han estado empleados durante más de cuarenta años, los años de empleo femenino, aunque sean menos, no son negligibles. Las mujeres de más de setenta años en la actualidad han estado ocupadas una media próxima a los treinta años. Es obvio que para ello han debido compatibilizar durante buena parte de ese tiempo (incluso durante todo el tiempo), el trabajo doméstico y el extradoméstico. El modo en que eso impide progresar en la propia carrera profesional y limita el tipo y la categoría de los trabajos accesibles no va a ser algo que descubramos aquí. Aún es más importante que, en muchos casos, la trayectoria laboral no se vio dificultada, sino interrumpida por la dedicación al trabajo reproductivo. Tanto si la interrupción fue definitiva como si fue sólo temporal, las consecuencias eran ya irreversibles.

Si el matrimonio de estas mujeres hubiese sido realmente una empresa común con funciones repartidas de manera complementaria, no hubiese importado quien de

los dos era el proveedor económico. Pero lo cierto es que la supuesta complementariedad en lo familiar se ha traducido en realidad en la inferioridad económica de estas mujeres. En la propia familia, porque durante décadas se ha restringido su capacidad real e incluso legal de gestión del patrimonio y de los recursos económicos familiares (hasta tal punto se las relegó a un segundo plano que el código civil amparaba la primacía de los hijos frente a la esposa en la transmisión del patrimonio de los varones fallecidos). Desde el punto de vista social, porque el derecho a percibir una pensión se ha aplicado con criterios muy diferentes en función del pasado laboral de cada persona y, por tanto, de su sexo.

Una reinterpretación de tales características

No hace falta seguir enumerando. ¿Por qué considero necesario entonces, urgente incluso, profundizar en el conocimiento de estas mujeres? ¿Qué motivos hay para que los hombres de su misma edad las adopten como modelo? Todo parece dar la razón a quienes dan por buenas las transformaciones que protagonizan las mujeres jóvenes y encuentran desventajoso el modelo de feminidad que encarnan las que ya no lo son. Pues bien, pese a que los datos en que se basa la descripción que acaba de realizarse puedan ser rigurosos, el modo en que suelen interpretarse choca frontalmente con la observación directa. Basta con salir a la calle para comprobar que estas mujeres merecen más admiración que conmiseración, que son ellas las que proporcionan asistencia y no al revés, y que su manera de enfrentar la madurez y la vejez les proporciona ventajas frente a los hombres. Algo falla, por tanto, en la manera típica de presentar sus características

La principal fuente de malentendidos está en que se analicen las trayectorias vitales de estas mujeres con los patrones aplicables a los varones y con los valores propios de la juventud. La obsesión sociológica por los traumas asociados a la jubilación, por la pérdida de estatus y de funciones sociales y familiares o por la crisis emocional de los cuarenta resulta inadecuada cuando lo estudiado son las mujeres. El empeño en valorar los recursos educativos, relacionales, laborales o económicos en función de su utilidad para los jóvenes y los adultos resulta igualmente inadecuado cuando lo estudiado son personas que ya no tienen tales edades.

Que las mujeres tengan mayor esperanza de vida ya debería ser suficiente motivo de sospecha. Sólo con calzador puede afirmarse que es preferible ser hombre cuando de la supervivencia se trata. Aún más, si vivir más años conlleva el estigma de una vejez escasamente valorada, lo cierto es que las mujeres que lo padecen se enfrentan a él mucho mejor que los hombres, con una soltura que en el futuro tendrán que agradecer quienes están a las puertas de tales edades. Las mujeres de luto permanente por un marido que falleció ya hace años, que conviven con algún hijo considerándose una carga, que se sienten desplazadas por la nuera en sus quehaceres de siempre, que no tienen ahorros ni patrimonio alguno y que no encuentran ningún sentido a la vida que no sea esperar la propia muerte encerradas en casa, personifican un tópico prácticamente extinto que no se corresponde en absoluto con la realidad mayoritaria.

De las diferencias de instrucción, trayectoria laboral y situación económica se extraen también conclusiones erróneas. Los estudios formales son muy importantes en el igualmente formal mundo del trabajo asalariado, y las diferencias educativas entre sexos resultan intolerables cuando se persigue una competencia justa en el mundo del trabajo extradoméstico. Pero suponer que los estudios académicos son la única fuente de conocimientos importantes y útiles en cualquier etapa de la vida conduce, de nuevo, a medir a las mujeres que ya no son jóvenes con el rasero masculino y juvenil. El resultado es el menosprecio por los conocimientos y habilidades de esas mujeres, simplemente porque no están avalados por una acreditación académica y no tienen como finalidad el mercado de trabajo. Este error no es demasiado grave para las jóvenes que aspiran a la igualdad laboral con los hombres de su misma edad, pero resulta fatal para los hombres maduros. Después de todo, la vida laboral se acaba, y cada vez más pronto.

Los varones, educados, formados y aplicados al mundo “exterior” de las relaciones laborales y de las actividades productivas impersonales y contractualmente formalizadas, pierden de repente el suelo bajo sus pies cuando la vida laboral toca a su fin. Sus recursos, conocimientos, habilidades y relaciones no desaparecen, pero se quedan sin el lugar de aplicación para las que se crearon y desarrollaron, se mueven en el aire. Nada en su formación les capacita para volver al “mundo real” del hogar, de las relaciones personales informales, de las tareas cotidianas de la casa y del mantenimiento de los apoyos familiares.

Para estas mujeres, en cambio, no hay salto en el aire ni aterrizaje forzoso. Si se dedicaban exclusivamente al trabajo del hogar, para ellas no hay jubilación. Si lo compatibilizaban con una ocupación laboral, la jubilación es mucho mejor recibida que entre los hombres de la misma edad. No hacen falta las ciencias sociales para saber que, a partir de entonces, se desenvuelven mucho mejor que los hombres.

La jubilación acaba, por tanto, con buena parte de las desventajas que pudiesen derivarse de la menor instrucción femenina, y pone en evidencia, en cambio, la escasez e inadaptación de los conocimientos típicamente masculinos aplicables a la nueva situación. De hecho es frecuente que la mujer, pese a su mejor disposición para afrontar la nueva situación, deba sufrir la jubilación de su cónyuge tanto o más que este.

Por si hubiese alguna duda sobre la dificultad con que los hombres se adaptan a este mal trago, puede observarse un significativo aumento de la mortalidad masculina alrededor de las edades finales de la vida activa. Que a partir de ese momento aumenta su dependencia respecto al cónyuge tiene también su reflejo en las tablas de mortalidad por edades: los hombres, cuando enviudan, tienen una esperanza de vida menor que sus congéneres de la misma edad que continúan conviviendo con su pareja. Si la que enviuda es ella, situación mucho más frecuente, no es visible el mismo fenómeno, por mucho que la viudedad sea también una situación penosa y traumática para la mujer. No falta quien se deja llevar por el extremismo andrógino y afirma que para muchas de estas mujeres la viudedad es, de hecho, una bendición y no una tragedia. Pero, sin llegar a tales extremos, tampoco puede negarse que, si consiguen superar el duelo inicial,

muchas mujeres viudas adquieren consciencia cabal de su propia individualidad y se abren al mundo con redoblada vitalidad.

En definitiva, por muy extraño que pueda parecer, estamos afirmando que los tradicionales roles femeninos proporcionan a la mujer de edad madura y avanzada una independencia y autosuficiencia que los igualmente tradicionales roles masculinos no han permitido hasta ahora a los hombres de las mismas edades.

Esta afirmación topa inevitablemente con las desigualdades económicas. Pero es importante señalar que tales condiciones han mejorado sustancialmente en los últimos años, y que las generaciones que actualmente llegan a la madurez traen consigo cambios todavía más revolucionarios. Los mayores de sesenta y cuatro años tienen vivienda en propiedad (más de tres de cada cuatro de ellos), o se benefician de viviendas alquiladas hace mucho tiempo, a un precio muy inferior del que deben pagar los jóvenes que formalizan un contrato de ese tipo en la actualidad. A diferencia de lo que ocurría hace algunas décadas, no son los treintaeros los que hoy día tienen vivienda en propiedad, un buen coche, ahorros en la cuenta corriente e incluso una segunda residencia. No les ha dado tiempo a tanto.

Entre los de mayor edad, el valor del dinero tampoco es equivalente en función del sexo de quien lo maneja. Su elasticidad se vuelve sorprendente en manos de estas mujeres. Sus conocimientos de economía doméstica nada tiene que envidiar al de los economistas licenciados. No son conocimientos teóricos, sino aplicados; los han desarrollado desde la infancia, los han pulido a medida que los enfrentaban a la gran diversidad de situaciones que provoca la vida, los han empleado al servicio de unidades familiares mucho más numerosas de lo que son en este momento. También la productividad de su trabajo doméstico es abrumadoramente superior a la de sus congéneres varones.

No es de extrañar que incluso con muy pocos recursos, esté aumentando la independencia familiar de las edades avanzadas, especialmente entre las mujeres que viven solas. La constatación de esta tendencia puede producir una impresión poco esperanzadora entre los trabajadores sociales que visitan los hogares más deprimidos, del mismo modo que los responsables de la política social pueden deplorar la aparente tendencia a que los hijos se desentiendan de sus padres porque cada vez son menos los que los acogen en su propia vivienda. Pero lo cierto es que la creciente independencia domiciliar es un fiel reflejo de la mejora en las condiciones económicas.

La mejora puede parecer, pese a todo, desigual según el sexo. La reciente concesión de pensiones no contributivas, que universaliza el derecho a percibir una pensión en la vejez, no es suficiente para equilibrar las diferencias entre hombres trabajadores y mujeres amas de casa. Pero el salto de la nada a una pensión mínima es crucial. Las pensiones de viudedad tampoco proporcionan los mismos recursos que una pensión contributiva con cónyuge a cargo. Pero, por muy crudo que pueda sonar, sirven a una sola persona, no a dos. Pese a todo, lo fundamental es que no deben magnificarse los efectos beneficiosos del sistema de pensiones. El principal motivo de las mejoras es que las generaciones que actualmente llegan a la

madurez y a la vejez disponen de más recursos propios que las generaciones más antiguas, y las mujeres se benefician de ello mucho más que hace algunas décadas².

Las estadísticas sobre estado civil y sobre estructura de los hogares, por tanto, se están interpretando para darnos una imagen de soledad y abandono que no se deduce necesariamente de tales datos, porque la familia no se reduce a los convivientes bajo un mismo techo. Es precisamente en el ámbito convivencial y familiar donde peor se está leyendo la información sobre las mujeres de edades maduras y avanzadas, y donde más erróneas son las conclusiones sobre la situación comparativa entre hombres y mujeres.

La creciente independencia de las mujeres de mayor edad y su papel fundamental en la gestión de sus propios hogares incluso con unos recursos mínimos (ya sea en pareja o viviendo solas) es sólo una pequeña parte de la realidad. Incluso cuando no comparten el mismo domicilio, muchas de estas mujeres continúan ejerciendo funciones familiares inestimables. No se ha valorado suficientemente su papel en la masiva incorporación de sus hijas jóvenes al mercado de trabajo asalariado, pero es evidente que muchas mujeres trabajadoras cuentan con sus madres para hacer ciertas compras, para “arreglar papeles”, para cuidar de los hijos muy pequeños o para traerlos y llevarlos del colegio cuando ya han crecido un poco. Los antecedentes habría que buscarlos mucho antes, cuando en plena crisis se lanzaron a la calle a “hacer faenas” ante el paro de sus maridos o, sencillamente, para complementar los ingresos familiares. Estas mujeres contribuyeron a hacer posible para sus hijos la dedicación exclusiva y prolongada a los estudios, dedicación que ha permitido a las jóvenes actuales igualar y superar el nivel de instrucción de los hombres de su misma edad.

Los beneficios no son sólo para los demás: las relaciones son de mutuo interés y no se limitan a las ayudas visibles. Hay en el papel de estas mujeres una función mucho más difusa y difícil de detectar que no se da en los hombres y que las va a beneficiar en sus últimos años: la de mantener la cohesión familiar en un mundo en que los parientes están cada vez más dispersos en hogares diferentes. A la detección de esta función no llegan ni siquiera las encuestas sobre el uso del tiempo, y sólo algunas de carácter cualitativo o basadas en entrevistas en profundidad consiguen hacerla visible. Las encuestas sobre el uso del tiempo parecen estar pensadas sólo para personas de mediana edad, con horarios divididos entre el trabajo y el ocio. Como ocio califican, precisamente, las visitas, los contactos telefónicos, las pequeñas ayudas domésticas a terceros. Caen así en el mismo saco las horas de visitas “intrascendentes”, mucho más frecuentes, y las que conllevan ayudas puntuales pero imprescindibles en casos de urgencia, obviamente excepcionales y escasas en términos absolutos. Sin embargo tanto unas como otras deberían valorarse de manera diferente en función de la edad. Para que la solidaridad funcione en los casos de urgencia y necesidad, debe existir también una tarea constante de “engrase” de sus mecanismos, como esas horas dedicadas por las abuelas a repasar la vida y milagros de toda la familia que tan banales parecen a algunos, especialmente si son hombres.

Cuando en las más altas instancias de nuestro país se habla del fuerte impacto que puede tener el envejecimiento demográfico sobre los sistemas sanitario y de bienestar social, algunos señalan de pasada que, por suerte, en España la

solidaridad familiar tiene un papel muy superior al de las prestaciones del Estado (precisamente la situación a la que querrían llegar muchos otros países desarrollados). El feminismo, ante estas tesis, tiene motivos para desconfiar, porque tras el eufemismo “la familia”, se esté hablando en realidad de la mujer y podría ocurrir que se cargasen sobre ella los ahorros que el Estado pueda pretender hacer en el cuidado de los mayores. Lo que nadie parece recordar es que precisamente gracias a la madurez de masas, la presencia simultánea de cuatro generaciones en una misma familia, en vías de generalizarse, tiene en las generaciones maduras su pivote fundamental. A quienes ya son bisabuelos, a las personas realmente ancianas, no les cuidan los jóvenes, muy atareados en un mundo laboral cada vez más competitivo, sino los maduros, mayoritariamente mujeres. Debería ponderarse, por tanto, la gran rentabilidad de la inversión realizada por el Estado en pensiones no contributivas o en cualquier otro tipo de prestaciones para estas mujeres: obviamente, resultan mucho más baratas que el mantenimiento de plazas hospitalarias o de residencias públicas para sus ancianos padres, y cuentan además, con una capacidad de ahorro y con unas garantías de buena gestión difícilmente mejorables por otras instituciones públicas o privadas.

La feminización de los hombres maduros

Por lo que acaba de verse, no existen demasiadas presiones para que los mujeres, tras pasada ya la madurez, modifiquen sustancialmente los roles que les han caracterizado durante su vida anterior. Aunque las mujeres más jóvenes se acerquen voluntaria o forzosamente a actitudes y funciones hasta hace poco propias de los hombres, lo “femenino” sigue siendo perfectamente funcional cuando se aproxima el final de la vida laboral.

¿Ocurre lo mismo cuando los hombres llegan a la madurez? Esta no es una pregunta que las encuestas parezcan muy interesadas en responder y, de hecho, los datos disponibles resultan bastante escasos. Lo que sí sabemos con seguridad es que las condiciones para mantener los roles masculinos anteriores experimentan un cambio objetivo con la jubilación, pero a ello hay que añadir la evolución histórica de las condiciones en que se produce.

Cuando España era todavía un país eminentemente agrario y la esperanza de vida masculina bastante reducida, los hombres trabajaban mientras las fuerzas se lo permitían, los inactivos eran escasos y la organización interna de las relaciones y de las economías familiares facilitaba el de “patriarcado” sostenido hasta sus últimos años. Pero la situación ha cambiado. La esperanza de vida masculina garantiza muchos años después de la jubilación, ésta se adelanta cada vez más y el número de hombres que traspasan la madurez y se convierten en “inactivos” se ha vuelto impresionante. Las nuevas condiciones familiares y productivas han acentuado mucho la disfuncionalidad los roles tradicionalmente masculinos a tales edades. Quien pretenda mantenerlos se ve obligado a luchar durante muchos años, décadas incluso, con la absoluta inadaptación a su situación real. El ajuste se hace necesario, casi inevitable, y pasa por la asunción de nuevos roles mejor adaptados a esa nueva y duradera etapa de la vida.

El ajuste no es fácil. A las mujeres jóvenes no les ha costado tanto su propia reconversión porque empiezan a asumir los nuevos roles desde la infancia y de manera gradual, y porque los antiguos han dejado de parecer deseables. En cambio los hombres maduros se ven obligados a una reconversión tardía, mucho más brusca y, en muchos casos, no deseada. Al jubilarse pierden instantáneamente el círculo de relaciones sociales en el que se han movido durante buena parte de su vida. Dejan de estar sujetos a una distribución del tiempo dictada por el trabajo, que regulaba los ciclos cotidianos y las perspectivas para el día siguiente, y se ven obligados a decidir a qué van a dedicar cada hora del día, qué harán mañana cuando se levanten, o cuales son sus proyectos para los próximos años (los que hayan estado alguna vez en paro ya han tenido una buena muestra de hasta qué punto esa situación puede resultar insostenible). Su formación, habilidades y experiencia laboral, a veces muy amplias y especializadas, dejan de tener ninguna utilidad para la vida que les aguarda. A todo ello hay que añadir que cada vez es más frecuente que la jubilación llegue por anticipado, sin dar tiempo ni siquiera para digerir suficientemente la noticia.

Algún tipo de preparación para la jubilación se está volviendo necesario, y así empiezan a entenderlo las administraciones y algunas empresas³. Sin embargo, lo más corriente es que no haya tal cosa. En la mayoría de los casos las mejores lecciones de cómo encarar la nueva vida deberán aprenderse en el propio hogar y con la propia mujer como principal ejemplo a seguir.

Para algunos hombres es demasiado. Incluso la supervivencia puede peligrar y, de hecho, se observa un significativo aumento de las probabilidades de morir en las edades de jubilación. La vida en el hogar puede llegar a convertirse en un calvario, y no es exagerado decir que cuando los varones viven de manera traumática su jubilación las relaciones familiares se resienten y sus mujeres la padecen tanto o más que ellos.

Si tuviésemos que resumir las consecuencias de la madurez masculina con el mayor grado de abstracción, podríamos hacerlo apelando a un cambio en la significación del tiempo. Para los adultos actuales el tiempo es dinero, pero hasta hace muy poco eso sólo era cierto en relación a los varones. La significación del tiempo ha mostrado siempre diferencias de género notables en cada una de las etapas de la vida, que se remontan a un pasado muy remoto en el que los varones todavía no eran asalariados, e incluso a tiempos en que el dinero apenas jugaba ningún papel en la realidad cotidiana.

Las primeras etapas de la vida femenina, de manera ancestral y casi universal, han sido mucho más breves que las de los varones. Su principal vía de colocación en la vida, convertirse en “mujer de”, apremiaba a las familias para convertir a sus hijas en adultas lo más rápidamente posible. Los motivos no eran simplemente culturales, sino que guardaban también relación con otros determinantes mucho más rígidos, como la tradicional escasez de varones casaderos provocada por su sobremortalidad y que recomendaba el matrimonio temprano de las mujeres ante el riesgo de “llegar demasiado tarde” a la hora de buscar candidatos. En cambio los hombres tardaban más en convertirse en adultos. Debían esperar a haber aprendido el oficio, a consolidarse económicamente, a heredar las tierras familiares, antes de convertirse en esposos y en padres. A partir de ese momento,

la situación se invertía completamente. El varón adulto se veía inmerso en una vida social altamente formalizada, externa al hogar, con el tiempo regulado socialmente. Para la mujer casada el tiempo se detenía, se volvía blando, interior, autorregulado. Los hombres adultos siempre parecen haber ido en contra del tiempo, con prisas por llegar a cualquier cosa y a cualquier parte, mientras los roles femeninos requerían un tiempo dilatado y una actitud paciente ante las cosas.

La espera forma parte de la feminidad imaginaria en casi todas las culturas. La mujer era la inmóvil, la que aguardaba el regreso de los demás. Esperaba que la “sacasen” a bailar o que el pretendiente “solicitase su mano”. Los varones se impacientan mientras las mujeres preparan las bolsas para salir el fin de semana, se enojan con el conductor de delante porque va demasiado despacio o encuentran insoportable mirar diez escaparates en vez de comprar en la primera tienda. No es sólo que las sociedades industriales les hayan asignado el papel productivo. Los antecedentes se pierden en la noche de los tiempos.

Esa es la significación del tiempo masculino que la madurez de masas empieza a resquebrajar. Los hombres maduros están obligados a “feminizar” sus actitudes respecto al uso del tiempo cotidiano, no por progresismo, sino porque la alternativa son muchas décadas de frustración y conflictos. Si bajamos de las consideraciones abstractas al terreno más palpable de los comportamientos cotidianos, los signos del cambio en los hombres son abundantes. Empiezan a integrar la espera y la paciencia en actividades cotidianas como hacer la compra o ir a buscar los nietos al colegio. De hecho los nietos pueden llegar a convertirse en uno de los asideros importantes ante la nueva situación. Muchos hombres jubilados tienen la sensación de haber perdido la oportunidad de intervenir realmente en la crianza de sus propios hijos porque, cuando los tuvieron, su rol masculino encaminaba su tiempo, sus recursos y sus intereses en otra dirección. Cuando se convierten en abuelos tienen una segunda oportunidad y, a menudo, cumplen los requisitos que les faltaron en la primera. En tales casos establecen relaciones con los nietos que no son equivalentes a las de las abuelas, todavía apegadas a los asuntos cotidianos más imperativos y materiales.

En general, al margen de las tareas del hogar en las que sus incursiones empiezan a ser visibles, aunque todavía no alcancen ni la intensidad ni la extensión que siguen caracterizando el trabajo doméstico femenino, la función tradicionalmente asignada a las mujeres que mejor pueden asumir los hombres maduros es el cuidado de otros familiares. El de los niños es sólo una de sus versiones, pero hay muchas otras que también están dejando de ser una excepción.

La función cuidadora de los enfermos es tan tradicionalmente femenina como la crianza de los niños. Hasta tal punto que incluso cuando los problemas de salud conllevan el internamiento en una institución sanitaria especializada, los hombres intervienen examinando, diagnosticando, prescribiendo tratamientos... y acto seguido desaparecen. Quienes se encargan del seguimiento, del suministro de los fármacos, de la observación continuada, suelen ser mujeres (nuevamente signos de la diferente asignación de valor al tiempo según el sexo). El cuidado de los enfermos no es una función intensiva, sino extensiva en tiempo. El tiempo efectivamente dedicado por un médico a su paciente es reducido, pero el cuidado requiere mucho más. Requiere vigilancia, alerta, presencia continuada en previsión

de imprevistos y supone una mayor implicación emocional. Por tanto, el cuidado es también acción sin acción, estar sin hacer, “compartir el tiempo con...”, roles femeninos tradicionales que los hombres pueden asumir una vez jubilados.

Con la evolución actual de la supervivencia en las edades más avanzadas, no hay ninguna duda de que la modalidad de cuidados que más va crecer es la que se presta a las personas muy ancianas con dependencias funcionales importantes. Hasta hace poco, mientras el número de tales personas era todavía reducido y la principal actividad de las mujeres era la del hogar, el perfil típico de los cuidadores de personas mayores en España podía definirse como de “género femenino, número singular”.⁴ El primer cambio en dicho perfil que ha provocado la madurez de masas es aumentar notablemente (no disminuir) el número de mujeres que proporcionan tales cuidados, y concentrar extraordinariamente las funciones cuidadoras en los años de madurez.

¡Las mujeres jóvenes ya no son cuidadoras de ancianos! Sería vano buscar explicaciones morales, apelar a la degradación de los valores familiares tradicionales o a cualquier otro factor cultural, cuando lo que han cambiado son las condiciones objetivas de vida. La “masculinización laboral” de las mujeres jóvenes elimina del panorama una proporción considerable de los potenciales cuidadores y ya no se va a detener. Puede predecirse, por tanto, que, en el futuro, todos los cuidados a ancianos se concentrarán en las personas maduras. Por ello, la madurez de masas debería ser una buena noticia: las edades potencialmente cuidadoras están experimentando un aumento numérico mucho más rápido que las edades anteriores. Sin embargo, cuando se hacen proyecciones de posibles cuidadores no se incluye a los hombres maduros. Se parte del supuesto de que sólo las mujeres de esas edades pueden cuidar de los muy ancianos.⁵

Nuevamente el pesimismo se cierne sobre nosotros por culpa de la demografía. Y es cierto que, hasta ahora, la mayor parte de los cuidadores de ancianos han sido sus hijas. Pero las condiciones objetivas están cambiando con la madurez de masas. En otros países donde ya hace tiempo que los hombres maduros constituyen una parte considerable de la población, su papel de cuidadores es tan importante como el de las mujeres de su misma edad. En Estados Unidos, por ejemplo, la relación entre hombres y mujeres cuidadores es de cuatro a cinco. Puesto que en las edades maduras hay más mujeres que hombres, una relación de 4 a 5 supone prácticamente que ambos sexos están ejerciendo funciones cuidadoras con la misma intensidad. De hecho, los hombres son perfectamente competentes para ello y existen investigaciones según las cuales su predisposición anímica es incluso mejor que la de las mujeres⁶.

El pesimismo, pese a todo, consigue transmitirse a la opinión pública. Las preferencias mayoritarias entre nuestros mayores siguen siendo que, si llegan a necesitar cuidados especiales por culpa de alguna discapacidad, se los dispensen en su propio hogar, y que los cuidadores sean sus propios hijos. Quienes todavía no han llegado a la vejez también opinan mayoritariamente que tales deben ser las condiciones en que se cuide de los ancianos⁷. Sin embargo, también son mayoría los mayores convencidos de que sus deseos no se verán cumplidos, especialmente porque las mujeres cada vez trabajan más y porque se está perdiendo el sentido de la obligación hacia los padres. Lo primero es cierto. Lo segundo no lo es en

absoluto. Nadie parece contar con la madurez de masas ni tener en cuenta la redefinición de roles que se está operando entre diferentes edades tanto en un sexo como en el otro.

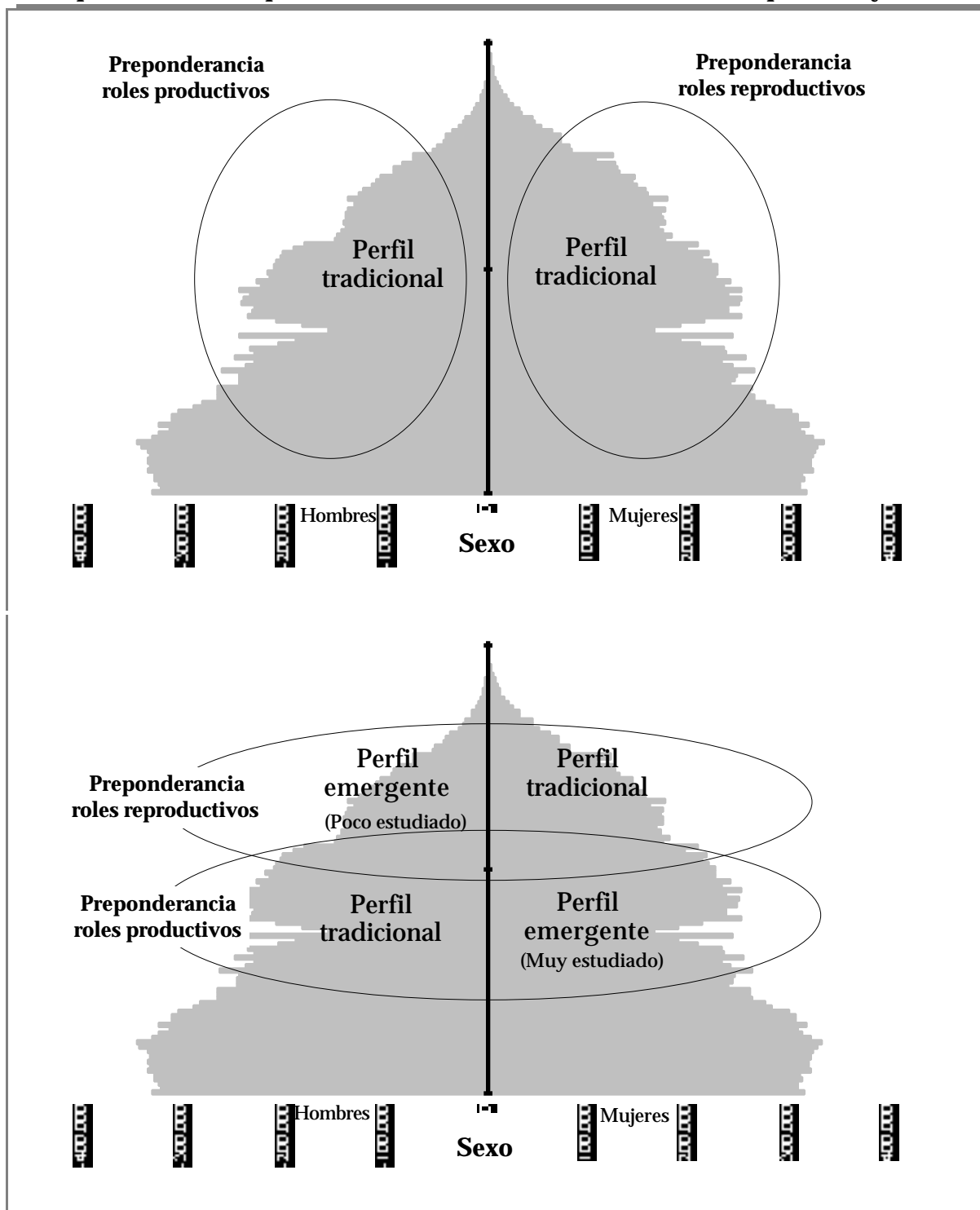
Conclusiones

Si se quiere banalizar la hipótesis principal aquí sostenida, siempre podrá decirse que los hombres de más de sesenta años no han empezado a ponerse faldas. Pero lo cierto es que, desde el punto de vista demográfico, estamos asistiendo a la aparición de un colectivo masculino sin precedentes que no tiene por función social prácticamente nada de lo que hasta ahora parecía específicamente masculino. El cambio no les afecta sólo a ellos, sino que existe una tendencia clara a que las funciones de los sexos y de todas las edades se redistribuyan según un patrón muy diferente al que existía hasta ahora. La tendencia podría corresponder con el siguiente esquema gráfico de la página contigua.

Creo haber argumentado suficientemente que existen importantes factores objetivos que impulsan una reestructuración como esta. Convendría por tanto que el análisis de la manera en que la mayor supervivencia humana está modificando la estructura por edades abandonase las alarmas y se centrase más en las nuevas posibilidades que abre. Pueden ser impulsadas o se puede luchar contra ellas, según sea la valoración que se les otorgue. Obviamente, una de las consecuencias de la asunción de funciones hasta ahora masculinas por parte de las mujeres jóvenes es que su dedicación a las tareas reproductivas ha disminuido notablemente y se ha postergado hasta edades más tardías. Pero en vez de llegar a la conclusión errónea de que la familia ha dejado de ser importante para las personas, convendría reconocer su cambio de significado según la edad.

Estoy con quienes piensan que una proporción creciente de personas sin descendencia puede convertirse en un problema social, pero no por motivos de política demográfica, sino porque rompe la cadena de solidaridad intergeneracional dentro de las líneas de filiación vertical, cada vez más importantes para el bienestar de las personas a todas las edades. En vez de luchar contra la igualación de los sexos en las edades jóvenes, y fomentar contra corriente una mayor dedicación de las jóvenes a sus tareas tradicionalmente femeninas, convendría reconocer el potencial de las personas de mayor edad, incluidos los varones, especialmente los varones, para desempeñar papeles importantes en la sostenibilidad de los hogares de sus hijos jóvenes y adultos. Ya han empezado a hacerlo, y la tendencia se acentuará en el futuro, pero se trata de una revolución silenciosa, poco investigada, y aún menos fomentada. Quizá suene descabellado, pero la mejora de las prestaciones a las personas maduras o a las que están en la primera vejez, podría repercutir en mayores facilidades para que sus hijos formen su propia familia y tengan más hijos. Las ventajas no acabarían ahí, porque también la otra gran preocupación resultante de la evolución demográfica, la del aumento de la dependencia senil, encontraría una respuesta positiva.

Esquema ideal del posible cambio en la distribución de roles por sexo y edad.



Nota; Se utiliza la expresión "roles reproductivos" en un sentido amplio, no limitado a la mera reproducción biológica.

Por la primacía que los españoles otorgan a la familia en la vejez, resulta evidente que la dependencia familiar no se ha convertido una función del pasado, finalmente trasladada al Estado. En otros países europeos, como Francia, Alemania o Gran Bretaña, donde la intervención de las instituciones sanitarias y protectoras estaba más desarrollada, hace años que se pretende la reorientación de esos gastos, especialmente los derivados de las plazas públicas en residencias de ancianos, hacia otras formas de cuidado. Las más convenientes parecen la asistencia a domicilio y el fomento del apoyo familiar, porque impiden el aislamiento del entorno social y mejoran la calidad de las condiciones anímicas y emocionales. En vista de ello, quizá quepa plantearse si el protagonismo de la familia española en la asistencia a los mayores indica que nuestro sistema de bienestar lleva retraso en la senda ya transitada por otros países europeos, o si más bien ha tomado un atajo hacia lo que se esboza como una situación futura alternativa.

La respuesta que se da a esta pregunta va a tener repercusiones importantes. Si existe retraso en España es porque lo que se plantean esos otros países es una nueva "orientación del gasto", no su eliminación, mientras que en nuestro país parecen existir tentaciones de delegar funciones en las familias sin gasto público alguno. Las consecuencias podrían ser graves, porque el cuidado de la dependencia somete a los cuidadores a presiones considerables, y los maduros podrían ver sobrecargadas sus responsabilidades si, paralelamente, no se crean los mecanismos necesarios para facilitarles la tarea. Corremos simultáneamente varios riesgos: perder la oportunidad histórica de que el final de la vida laboral sea realmente una etapa de libertad comparativa; degradar la calidad e intensidad de la atención a nuestros dependientes; bloquear la necesaria y predecible inversión de roles entre los hombres que alcanzan la madurez. En tales condiciones, España no habría tomado ningún atajo. Esa situación, se mire como se mire, sería un atraso.

Notas

¹ Requena, M. (1993), "Formas de familia en la España contemporánea", incluido en L. Garrido Medina y E. Gil Calvo, *Estrategias familiares*. Madrid, Alianza Editorial., pp. 249-270.

² Para demostrarlo no es necesario traer a colación hasta qué punto las fortunas de las familias más ricas de España se está concentrando en manos de viudas. Es mucho más relevante, desde el punto de vista sociológico, que las prácticas de sucesión y herencia estén cambiando de manera generalizada: lo tradicional había sido que heredasen los hijos, con usufructo para el cónyuge; ahora el heredero es el cónyuge y a los hijos simplemente les corresponde la legítima.

³ Pérez Díaz, J. (1996), "Jubilació i vida activa", incluido en GENERALITAT DE CATALUNYA, *Pla de preparació per a la jubilació activa*. Barcelona, Departament de Benestar Social, pp. 35 yss.

⁴ Rodríguez Rodríguez, P. (1999), "El problema de la dependencia en las personas mayores", incluido en Ricardo Moragas Moragas, *El reto de la dependencia al envejecer*. Barcelona, Herder, pg 206

⁵ A título de ejemplo: uno de nuestros mejores demógrafos Fernández Cerdón, J. A. estimaba la evolución futura de la relación entre cuidadores potenciales y potenciales ancianos dependientes en *Les personnes âgées en Europe: Rapport national, Espagne*, Bruselas (1992). Para ello, partía de las proyecciones de población de España por sexo y edad. Pues bien, el indicador elegido para presentar los resultados se calcula dividiendo a las mujeres de 45 a 69 años por los mayores de 64. El resultado nos dice supuestamente cuantos cuidadores disponibles habrá por cada persona susceptible de necesitar cuidados, y arroja resultados preocupantes. Si en 1950 había 1,61, en el 2011 la relación será ya inversa, y habrá menos de un cuidador potencial (0,96) por cada mayor de 64 años.

⁶ Chang, C. F. y White-Means, S. I. (1991), "The men who care: An analysis of male primary caregivers who care for frail elderly at home", publicado en *Journal of Applied Gerontology*, (10): 343-358

⁷ INSERSO (1995), *Las personas mayores en España. Perfiles. Reciprocidad familiar*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales. Pg 83.